

tuada en el parque de Saint-Cloud, sufría mucho, pues sobre ella hacían fuego los dos bastiones de Point-du-Jour y del monte Valeriano. La abrupta pendiente que había detrás de la batería facilitaba al enemigo resguardarse y afinar la puntería. El parapeto fué varias veces completamente desalmenado, y sólo pudo conseguirse en aquellos puntos sostener la lucha á costa de los mayores sacrificios. El enemigo lanzaba también una lluvia de proyectiles contra las baterías avanzadas 19 y 21, que eran las que más castigaban al fuerte de Vanves. Los proyectiles disparados desde muy lejos por las baterías del recinto principal dieron, formando un ángulo muy abierto, inmediatamente detrás del parapeto, atravesaron los soportes y pusieron fuera de combate gran número de hombres. En dos baterías volaron los polvorines; los dos comandantes de batería y varios oficiales superiores fueron heridos.

En el frente Este de París los alemanes tenían 59 cañones, que habían quedado allí desde la toma del Mont-Avrón, mientras que los franceses disponían de 151, y, á pesar de tal desproporción, no tardaron los primeros en alcanzar tal superioridad, que los fuertes sólo á intervalos disparaban. Los franceses retiraron sus avanzadas hasta cerca de las obras y evacuaron la península de Saint-Maur. Poco á poco pudieron ser transportadas de allí las piezas de gran calibre hasta el arroyo Morea. Entretanto habían sufrido mucho los fuertes situados delante del frente Mediodía. La ruina del fuerte de Issy quedó visible á la simple vista; varias veces fué incendiado, y sólo con gran peligro se logró, en la noche del 17, desalojar y trasladar el polvorín. El fuerte de Vanves había perdido setenta hombres; por lo general rompía el fuego par la mañana, pero lo suspendía al poco rato. En cambio, el Montrouge algunos días disparaba con sus 18 cañones más de 500 tiros; pero tampoco allí servían para nada los reductos acasamatados, y uno de los bastiones estaba completamente arruinado.

A pesar del violento fuego que se hacía desde el recinto principal, París se sentía molestado por parte de los cañones de 15 centímetros. Gracias á una disposición particular se consiguió disparar con una elevación de 30°, por cuyo medio se hacían llegar los proyectiles hasta más allá del centro de la ciudad, disparándose diariamente de 300 á 400 granadas.

Constreñido por la *opinión pública*, el gobierno decidió, después de muchas repetidas conferencias, probar fortuna haciendo una salida en masa contra las baterías alemanas emplazadas cerca de Chatillón. Los jefes superiores que concurrieron á los consejos celebrados observaron que las salidas que se hicieran sin la cooperación de un ejército auxiliar exterior no proporcionarían ningún éxito; pero el 8 de enero había anunciado el ministro Gambetta la *victoria* lograda por el ejército del Norte

cerca de Bapaume, y había prometido además el avance de los dos ejércitos del Loire. En su consecuencia, el general Trochu aconsejó esperar por lo menos hasta el momento en que el ejército sitiador se debilitase á causa de los desprendimientos de tropa á que se vería obligado para hacer frente á los dos ejércitos; pero esta opinión tropezó con la resistencia de los demás individuos del gobierno, y en particular con la de Julio Favre, el cual declaró que los alcaldes estaban indignados contra el bombardeo, que era menester exponer á los representantes de la ciudad la situación militar, y que debía haberse tratado ya desde mucho tiempo antes de emprender algo decisivo.

El 15 de enero se decidió romper las líneas alemanas de Montretout, Garches y Buzenval.

Y mientras por modo tal dominaban en París la confusión y la discordia, el día 18 se proclamaba en Versailles la unidad de la nación alemana bajo el emperador Guillermo I.

BATALLA DEL MONTE VALERIANO (19 DE ENERO)

Este día era el designado para llevar á efecto la proyectada salida.

El general Faidherbe, como ya hemos visto, se adelantó dicho día en dirección de París hasta Saint-Quentin, hallándose situado el ejército de salida sobre el frente Este y Norte de la ciudad. Esto no obstante, no dejó de probarse la ruptura del cerco por la parte contraria. A la verdad, la península de Gennevilliers constituía el punto único donde podían desplegarse fuerzas considerables, sin que corriera el peligro por espacio de algunas horas de hallarse expuestas á las balas enemigas aun en el mismo despliegue.

Los batallones de la guardia nacional movilizada habían relevado de las posiciones que ocupaban la antevíspera á las tres divisiones del cuerpo de salida. Con un total de 90,000 hombres, y en tres columnas, habían de realizar simultáneamente el ataque. El general Vinoy en el ala izquierda, bajo la protección de las baterías de la plaza, tomaría posesión de la altura de Montretout; por el centro avanzaría el general Bellemare pasando por Garches, y el general Ducrot haría lo mismo en el ala derecha, cruzando por frente de la fortaleza de Buzenval.

El ataque comenzaría muy de mañana, á las seis; pero algunas suspensiones repentinas y el tener que suspender la marcha en los puentes de Asnières y Neuilly, á causa de que el estado mayor no adoptó de antemano las precauciones convenientes para la regularización del paso, motivaron que no sucediese así. Por lo tanto, al dar el monte Valeriano, por medio de un cañonazo, la señal de avanzar, tan sólo las cabezas de las tro-

pas del general Vinoy se hallaban en condiciones de entablar la lucha. Las demás no habían comenzado aún á desplegarse, y los regimientos que iban á retaguardia se hallaban en Courbevoie todavía. Cuando ya avanzaban quince batallones sobre Saint-Cloud en el ala izquierda, no habían llegado aquéllos á incorporarse al grueso de las fuerzas.

En el primer momento del combate tan sólo se tropezó con algunas patrullas y fuerzas aisladas, en total 89 individuos, que se internaron en la estrechura del parapeto de Montretout, donde se resistieron algún tiempo, intentando por fin con un valor heroico romper la línea del contrario para abrirse paso, en cuyo intento fueron hechos prisioneros muchos de ellos. Los franceses pusieron al instante en condiciones de defensa los edificios de Montretout, como asimismo los del lado septentrional de Saint-Cloud. Del mismo modo, sin mucho trabajo, la columna del centro, al mando del general Bellemare, ocupó la altura de la Maisón-du-Curé.

En aquel instante, ó sea cerca de las nueve y media, llegaron los primeros refuerzos á las avanzadas alemanas. Las atalayas no habían podido hasta entonces transmitir al estado mayor más noticia que la de que hacía una *densa niebla*; sin embargo, las que se recibían de las alas derecha é izquierda dieron á conocer que todo el frente comprendido entre el fuerte de Saint-Cloud y Bougival estaba bajo la amenaza de un formal ataque. En vista de ello fué llamado el quinto cuerpo, y marchó al centro de la división novena el general Kirchbach.

La brigada 17 ocupaba la derecha del parque de Saint-Cloud y la 20 la izquierda, á espaldas de la puerta de Longboyau. Sobre Jardy y Beauregard avanzaban, desde Versailles y los pueblos situados al Norte de esta localidad, las demás tropas de este cuerpo. El príncipe Federico ordenó que bajasen de Versailles seis batallones de la landwehr y una sección bávara, dirigiéndose luego hacia Brezín al mismo tiempo que el rey se dirigía á Marly.

En el ínterin ocuparon las primeras casas de Garches las tropas francesas y penetraron en el parque de Buzenval por el lado Este, encontrando las murallas por completo arruinadas en distintos puntos. Acudió poco después el quinto batallón de tiradores y desalojó de allí á los franceses, en cuya obra fué apoyado por varias compañías de los regimientos de infantería 58 y 59, y seguidamente se apoderó del cementerio del pueblo, situado al Norte, desde donde emprendió la marcha hacia el puesto de la Bergerie, adonde llegó aún en tiempo oportuno. El general Bothmer, á la cabeza del resto de sus tropas, sostuvo en la parte extrema del parque de Saint-Cloud, al objeto de ganar tiempo, un combate bastante prolongado. Estas tropas rechazaron á las nueve y media una embestida de la columna Bellemare, no dejaron al enemigo avanzar por la calle Imperial

hacia Saint-Cloud, y arrojándose encima de él por la verja de Orleáns y por la puerta Janne tomaron la ofensiva. Fué en vano que cinco batallones franceses intentasen tomar por asalto La-Bergerie. Una sección de cazadores, jugándose el todo por el todo, pretendió demoler el muro que encerraba á la granja; pero la dinamita con que iban á poner en práctica su intento estaba helada y no hizo explosión, y la posición fué defendida y conservada todo el día, con gran tesón, por los tiradores prusianos.

Hasta entonces no habían utilizado los franceses para sus ataques los servicios de la artillería. Por haber sufrido un cruce con la artillería de la columna del centro la que iba agregada á las fuerzas del general Vinoy, experimentó un retraso de verdadera importancia, y para contrarrestar los ataques que el enemigo pudiera intentar se le dió orden de no moverse de La-Briqueterie. El general Bellemare quiso que sus baterías tomaran la altura de Garches, pero el cansancio de los animales de tiro le precisó á emplazarlas en Fouilleuse. Mientras esto sucedía á los franceses, las baterías de la novena división alemana llegaron una tras otra, y al promediar el día rompieron el fuego contra el enemigo las 36 piezas de que constaban. Al propio tiempo, en Saint-Cloud se desarrollaba un combate sangriento y tenaz, en el cual los franceses se esforzaban por conseguir que los defensores abandonasen los edificios en que se resistían.

En el ala derecha, tan sólo el general Ducrot hizo que su numerosa artillería, que se desplegó por ambos lados de Rueil, rompiera el fuego iniciando el ataque, avanzando poco después sus tiradores, que, atravesando el parque de Bunzeval, llegaron por la parte occidental hasta el muro del recinto, de cuyo punto los lanzó el tercer batallón del regimiento 40, que apresuradamente acudió á apoyar el combate. El ataque en toda la línea tuvo lugar á las diez y media, y lo contrarrestó tan sólo la columna situada en el centro.

En la Malmaisón no contaban los prusianos nada más que con un puesto á las órdenes de un sargento, por cuya razón los franceses no hallaron dificultad para llegar hasta la extremidad Este de Bougival, sitio en que los destacamentos pertenecientes á la vigésima brigada de infantería les obligaron á detenerse en la Jonchère y á la entrada de Longboyau, á causa de haber éstos recibido refuerzos recientemente. La reserva de la décima división continuaba acantonada en Beauregard con arreglo á las órdenes que tenía del general Schmidt. Los franceses viéronse obligados á suspender su movimiento de avance ante el certero y mortífero fuego que al amparo de sus bien cubiertas posiciones les hacía la infantería alemana, quedando reducido el combate al comedio del día á un fuego sumamente lento, pues la artillería había terciado por modo muy eficaz.

Dos baterías de la décima división ocuparon posiciones en Saint-Mi-

chel, donde recibieron el refuerzo de otras dos de la guardia que, procedentes de Saint-Germain, llegaron hasta Louveciennes, entretanto que la tercera se alojaba en Chatou y hacía retroceder apresuradamente hacia Nanterre al tren de campaña que encontró en la estación férrea situada al Norte de Rueil. Finalmente, cuatro baterías del cuerpo cuarto, sin cuidarse para nada del fuerte monte Valeriano, desde Carrieres asestaron los proyectiles de sus cañones al centro mismo de las nutridas masas de infantería que los franceses tenían á retaguardia de Rueil.

Al cabo, á eso de las dos de la tarde estos últimos decidieron á emprender de nuevo el ataque, y para ello, en el primer momento, dos de sus baterías lanzaron sobre la puerta de Longboyau una lluvia de granadas; después emprendió la marcha sobre aquel punto una de sus brigadas, al propio tiempo que otra avanzaba sobre los muros de Buzenval y seguía á ésta una tercera como reserva. Un pelotón de diez soldados de ingenieros al mando de un oficial, lo mismo que antes en La-Bergerie, intentó echar abajo el muro con gran intrepidez; pero además de no obtener ningún resultado quedaron todos sobre el campo.

Las fuerzas de ataque se aproximaron á doscientos pasos, pero les hicieron frente trece compañías alemanas que, no rompiendo el fuego hasta que comprendieron que éste produciría un gran efecto, lograron que el enemigo se retirara desordenadamente, no obstante que los oficiales, con gran exposición de su vida, hicieron toda clase de esfuerzos para que no dieran la espalda al adversario.

A pesar de esto, como el dicho muro del parque era para los franceses un valioso y fuerte punto de apoyo, y ellos con gran pericia lo habían puesto en poco tiempo en condiciones de defensa, se estrelló ante él la acometida que desde Brezin y La-Bergerie realizaron algunas compañías alemanas, que después de sufrir pérdidas de consideración tuvieron que replegarse. Y gracias á que la energía de los contrarios estaba tan decaída que atacaron muy débilmente.

Eran las tres de la tarde cuando se observó que su ala derecha emprendía la retirada, y gradualmente, después del crepúsculo, también dieron principio á la evacuación de la altura de la Maison-du-Curé las tropas del centro. En su persecución salió con unas pocas fuerzas el coronel Kothen.

Hicieronle frente algunos batallones franceses, y aun demostraron la intención de atacarle seriamente; pero las baterías alemanas rompieron el fuego sobre ellos y en socorro de la infantería del citado coronel Kothen, éste recibió de Garches, de La-Bergerie y de la puerta Jaune refuerzos en tiempo oportuno, y de este modo apoyado y socorrido pudo continuar la persecución, que los granaderos del regimiento del Rey prolongaron hasta casi las puertas mismas de Fouilleuse.

La causa principal que originó que los alemanes no pudieran recuperar el reducto de Montretout, fué que éstos no habían adelantado el terreno suficiente, ni siquiera por la parte de Saint-Cloud. Pero siendo esta importante posición muy necesaria para cubrir el ala derecha, aquella noche misma ordenó el general Kirchbach su ocupación, ó por la mañana del día siguiente lo más tarde. Con tal motivo el general Sandrat se decidió á emprender inmediatamente el ataque, y por la noche, á las ocho, rompieron la marcha hacia Saint-Cloud cinco batallones, que tan sólo hallaron al penetrar en el reducto unos cuantos soldados franceses, á los que hicieron prisioneros. No sucedió lo mismo en la ciudad, en la cual las tropas contrarias se defendieron con gran tesón, al punto de que los alemanes tuvieron que contraerse por lo pronto á cercar los edificios que aquéllos ocupaban, y se sostuvieron toda la noche guarecidas tras el muro exterior del parque de Buzenval.

Por tal razón, quedaron apostadas en Versalles las tropas de la landwehr de la guardia y las de la brigada bávara, para poder disponer de esta reserva si daba el caso de necesitarse al día siguiente algún socorro. El resto de las fuerzas volvieron á los cantones que ocuparan anteriormente.

El general Trochu dió orden á las cinco y media de batirse en retirada, pues atendida la falta de disciplina que se observaba en la guardia nacional comprendió que no daría ningún resultado beneficioso la continuación de la lucha.

Los heroicos defensores de Saint-Cloud habían sido por completo olvidados; pero esto no obstante se resistieron hasta que los alemanes emplazaron sus piezas de artillería enfrente de los edificios que ocupaban. Los defensores del muro del parque se mantuvieron en aquella posición hasta el día 20.

Mucho antes de que los alemanes se apoderaran del reducto principal ya había fracasado el ataque de los franceses, sin que las reservas que los primeros tenían preparadas intervinieran, pues el quinto cuerpo logró rechazar sin ayuda de nadie á un adversario cuádruple en fuerzas.

Las bajas de los alemanes fueron 40 oficiales y 570 soldados, y las de los franceses 145 y 3,423 respectivamente entre muertos y heridos, y además 44 oficiales y 458 soldados prisioneros.

Cuando el día 20 se disipó la densa niebla que hacía, se vió que los franceses, pasando en largas columnas por la península de Gennevilliers, se retiraban hacia París.

PROSECUCIÓN DEL ASEDIO DE PARÍS HASTA EL ARMISTICIO

Rechazada que fué por los alemanes esta postrera tentativa de la guarnición de París para romper el cerco, dieron principio al bombardeo del frente Norte de la ciudad, reuniendo de antemano en el parque de Villiers-le Bel todas las piezas de gran calibre de que podía disponerse entre las que batían las plazas fuertes secundarias y las del Marne.

Al mismo tiempo el ejército del Mosa tenía ya reunido todo el material necesario para la construcción de emplazamientos de baterías, habiendo logrado formar, después de varias requisas, un tren de 600 carros. Sobre las líneas situadas entre Le-Bourget y el lago de Enghien asentó doce baterías, que fueron artilladas en su mayoría por la noche, y de este modo el 21 de enero contaban con 81 cañones de gran calibre en disposición de romper el fuego, cosa que el coronel Bartsch ejecutó á las nueve de la mañana batiendo á la Double-Couronne, la Briche y el fuerte del Este, contestando enérgicamente al ataque los 143 cañones de los fuertes franceses.

Los alemanes no pudieron romper el fuego hasta la tarde del día siguiente á causa de que por la mañana apareció el cielo completamente nublado; pero como los franceses habían desalojado todo el terreno que se extendía al frente de los fuertes, las avanzadas del cuerpo de la guardia y del cuarto penetraron en Villetaneuse y Temps-Perdú. Por la noche las baterías de ataque dirigieron sus fuegos contra Saint-Denis, poniendo un exquisito cuidado en la puntería para no causar daños en la catedral. En diferentes sitios de la población se produjeron incendios.

El día 23 habían sido apagados casi por completo los fuegos de las baterías francesas, gracias al vigor que el contrario desplegó en el bombardeo. La artillería de La-Briche enmudeció en absoluto, y los dos fuertes restantes tan sólo de tarde en tarde hacían algún disparo. En la noche que precedió al día 26 avanzaron cuatro baterías, colocándose unas á la distancia de 1,200 metros, y á la de 1,800 otras, de las fortificaciones principales, y hecho esto se procedió á los trabajos de ataque y se emplazó una nueva serie de baterías, que no llegaron á disparar sus piezas porque no fué necesario. Un vigoroso bombardeo de seis días fué suficiente á conseguir el resultado que se apetecía.

Como sobre aquel frente no contaban los fuertes, como acontecía en el lado Sur, con un cuerpo de plaza en que apoyarse sólidamente á retaguardia, y como tampoco tenían fortificaciones construídas á prueba de bomba, sufrieron los efectos del bombardeo por modo extraordinario. Las granadas perforaban los traveses provisionales abovedados; á cada mo-

mento se corría el peligro de la voladura de los polvorines; las tropas que guarnecían las fortalezas no encontraban sitio seguro donde ampararse, y los moradores de Saint-Denis huían atropelladamente hacia París, pues el bombardeo había ocasionado tales desperfectos en las fortificaciones que era de todo punto imposible que resistieran el asalto que amenazaba próximamente si la defensa se prolongaba.

El bombardeo del frente Norte costó á los alemanes la pérdida de un oficial y 25 soldados, y los franceses, según dijeron, experimentaron 180 bajas. La artillería de los fuertes del frente Este permanecía silenciosa, y para evitar que el enemigo se posesionase otra vez en Saint-Maur fué suficiente el ataque de la artillería wurtemberguesa. Por fin el frente Sur, á consecuencia del no interrumpido bombardeo, había quedado en la más deplorable situación. Tan sólo continuaban disparando el cuerpo de plaza y la batería arruinada de morteros, mientras que en los cuarteles de los fuertes no se veían más que montones de escombros, ocasionados unos por el cañoneo y otros por los incendios producidos por éste, viéndose las tropas en la necesidad de guarecerse dentro de los polvorines que, como queda dicho anteriormente, habían sido desocupados. Por los terraplenes de las murallas era de todo punto imposible transitar, como tampoco por detrás de los reductos. En Vanves habían tapado las troneras con costales de trigo, y en el fuerte de Issy se habían desplomado cinco postes en los muros de la garganta de la cortina. Igualmente se habían derrumbado las tapias de la dicha cortina, poco menos que separadas de los fuertes de Vanves y de Montrouge. Los proyectiles alemanes habían desmontado 40 piezas de la artillería francesa y roto 70 cureñas.

La situación política y militar de Francia, y sobre todo la de París, atravesaba por tales circunstancias especiales, que un cúmulo de cuestiones á cual más grave absorbía por completo la atención del gobierno. Desde el instante mismo en que Thiers llegó á la capital después de su excursión diplomática, se sabía que las naciones extranjeras no intervenirían para nada. Hacíase por instantes precario el estado de la capital, pues desde bastante tiempo se sentían en ella los efectos de la carestía y la escasez de subsistencias; toda clase de provisiones se habían agotado en los almacenes, y aun aquéllas que la guarnición conservó en reserva para subvenir en un caso fortuito á las necesidades de las tropas tocaban ya á su fin. Como el invierno fué sumamente crudo escaseaban los combustibles; faltaba por lo tanto el gas, y el alumbrado por medio del petróleo resultaba deficiente. Por otra parte, como los alemanes habían tardado mucho en bombardear la capital, los habitantes de los barrios situados en la orilla izquierda viéronse en la precisión de habitar los sótanos de los edificios ó marchar á aquellas partes extremas de la población que

estaban menos expuestas; pero al llegar la vez al frente Norte para ser bombardeada, entonces todos los habitantes de Saint-Denis se acumularon en la ciudad.

Había sufrido un completo fracaso la salida del día 19, y no se podían esperar socorros de las provincias desde que se tuvo conocimiento de la derrota experimentada en Le-Mans por el segundo ejército del Loire, que fué comunicada por Gambetta. Este acusaba en su comunicación al segundo ejército de haber estado inactivo; pero, en realidad, el rigor del tiempo, las deserciones y las enfermedades habíanle reducido á las dos terceras partes del efectivo que tuviera en un principio, y además el desgraciado resultado que obtuvo en cuantas empresas acometió le habían desalentado por completo.

Este ejército se vió precisado á entregar sus caballos para surtir de carne á la población, y el general Trochu declaró que no se obtendría el menor resultado de cuantas operaciones ofensivas se intentaran, pues aun para hacer una resistencia pasiva no quedaba recurso alguno que no estuviese agotado.

El gobierno había sabido mantener hasta entonces las esperanzas y entusiasmo de los parisienses transmitiendo telegramas en que simulaba que todo lo veía por un prisma color de rosa; pero era de todo punto imposible tenerlos por más tiempo ignorantes de la situación sumamente crítica por que se atravesaba. Hízose así, y desde aquel momento llovieron sobre los hombres que formaban el gobierno las más acres censuras contra todas las medidas que había adoptado. En París había gran número de individuos á quienes la general escasez tenía sin cuidado. Constituían éstos, en primer término, una clase especial de defensores de la patria reclutados entre el paisanaje, que, además de no tener necesidad de someterse á exposición ninguna, recibían del gobierno un buen salario y rancho, y á los cuales iban unidos toda esa cáfila de holgazanes que hacen mayor negocio cuanto más dura el desorden. Todos ellos gozaban grandemente con la situación creada por la revolución del 4 de septiembre, é iban á gozar mucho más inaugurando el horrible régimen de la Commune. Ya no había podido conseguirse la dispersión de estos alborotadores en el transcurso del sitio sino haciendo uso contra ellos de la fuerza armada, pues hasta hizo causa común con sus bullangas y tomó parte en sus manifestaciones subversivas gran número de individuos de la guardia nacional. Con el apoyo de la prensa periódica, los clubs revolucionarios demagógicos pedían desaforadamente que se probaran nuevas empresas ofensivas, hasta realizar una gran salida en masa de toda la población. El gobierno, como sólo por el favor público se sostenía, no contaba con el vigor y la energía que reclamaban las circunstancias, y por ende veíase

encerrado entre las exigencias utópicas de una ciega muchedumbre y la situación real del momento, que le presentaba las cosas en toda su trascendental gravedad.

Que la única solución posible era capitular mostrábase con toda evidencia, pues cada día que pasaba era mayor la penuria, al mismo tiempo que se obligaba al enemigo á que las condiciones que impusiera fuesen más duras. Si en el abastecimiento de la ciudad no eran en el plazo más corto posible empleadas todas las vías férreas que había en una comarca muy dilatada, experimentarían los horrores del hambre dos millones de almas, trance doloroso que sería imposible evitar si aquel estado de cosas se prolongaba. Pero no había nadie que se sintiera con valor suficiente para pronunciar la funesta palabra *capitulación*, ni mucho menos á cargar con la tremenda responsabilidad de aquello que por modo tan absoluto se imponía.

Después de haberse celebrado el día 21 un gran consejo, al que concurrieron todos los generales de edad más avanzada, los cuales manifestaron su opinión de que era imposible intentar ningún nuevo movimiento ofensivo, se creyó prudente consultar á los generales más jóvenes; así se hizo, pero no se adoptó ninguna resolución. Era necesario que hubiera un responsable de tantas desdichas, y para ello fué destituido de su cargo de gobernador militar de París el general Trochu, antes el individuo más popular del ministerio, y se confió el mando en jefe del ejército al general Vinoy. Entonces presentó la dimisión de su jefatura el general Ducrot.

A pesar de todo esto la situación continuaba lo mismo, y en su consecuencia el día 23 de enero se dirigió Julio Favre á Versalles para entablar las negociaciones preliminares de un armisticio, cosa que el estado mayor alemán se mostró propicio á concederle, pero con la condición de que se le había de garantizar que, en cuanto la plaza estuviese abastecida, no proseguiría resistiéndose. Además exigió la entrega de todos los fuertes, incluso el monte Valeriano y la ciudad de Saint-Denis, como asimismo el desarme de las tropas del cuerpo de plaza, condiciones todas que fueron aceptadas por el negociador.

Las hostilidades, pues, cesarían en la noche del 26 delante de París, y los alemanes dejarían libre el paso de todos los convoyes hacia la capital, de dondequiera que procediesen. También se quedó conforme en que desde el día 31 comenzaría á contarse un armisticio de veintiún días, del que quedaban exceptuados tan sólo los departamentos del Doubs, Jura y Cote-d'Or, y la plaza de Belfort, punto este último en que los alemanes se hallaban próximos á realizar algunas operaciones de las que ambos bandos se prometían obtener resultados muy halagüeños.